

LA PRINCESA CALLEJERA

“La calle es su lugar/ella sabe bien/no va a volver atrás/ni por uno/ni por veinte/ni por cien...”.

Era lo único que le había quedado, el grabador Sony con tres cassettes que ya se estaban rompiendo.

Levantó el cuello del gamulán y sintió el frío bajando por la avenida. No era momento de sentarse en el cordón de la vereda, no. El cana la venía mirando hace rato y sabía que en cualquier momento le iban a pedir documentos que no tenía, nombre y edad que no tenía, lugar de residencia que no tenía, recuerdos que no tenía.

Ella estaba sola, tal como había despertado hacía unos tres días, al costado de la ruta en la entrada de la ciudad que ahora sabía que se llamaba Lujan.

Se despertó como de una siesta, aturdida. Tenía plata en la mano, mucha, supo después. Colgado al hombro derecho, un grabador Sony con tres cassettes dando vueltas en un bolso verde y amarillo que estaba a sus pies. Algunas mudas de ropa, y nada más.

Tuvo que mirarse al espejo en una estación de servicio para reconocerse ella, mujer, joven, atractiva. Unos veinticinco años, linda y rubia teñida.

Sabía todo acerca del mundo, entendía las preguntas, pero no sabía las respuestas cuando estaban referidas a ella. Se dio cuenta cuando esa piba con guardapolvo que se quedó charlando con ella porque se había hecho la rata, le empezó a preguntar de su vida. Fue la primera vez que tuvo que decir “no sé quién soy”.

Ni una pista que le trajera recuerdos, ni una señal que le indicara por dónde empezar a armarse.

Cuando llegó el sábado, la fisonomía de las calles cambió, el centro se llenó de ruidos y las chicas y los chicos se empezaron a juntar de a grupos en la plaza. Ella vuelteaba y vuelteaba sin pertenencia, vacía de abrazos y gritos que la nombraran.

Como a las tres de la madrugada, entró en el bar más repleto de gente y pidió una cerveza. Algunos la saludaron cómplices, otros le hicieron lugar en la mesa pero ella desistió de compartir nada. Le estaba ganando la tristeza.

Iba a tocar una banda, los del sonido tiraban cables y arreglaban enchufes, probaban los micrófonos y las luces. Se quedó extasiada mirando el movimiento de esa previa, descubriendo que conocía cada rutina de la puesta en escena. Cuando subieron los instrumentos, se maravilló con la guitarra eléctrica y reconoció que le habían cambiado el encordado... pero, cómo se les

ocurrió, pensó furiosa, y se puso de pie. En ese momento, sonaron los aplausos, había subido la banda. Nicolás, con su cara radiante y su voz clara, agradeció los aplausos y la vio. Estiró los brazos hacia ella y dijo: "y con nosotros, como cada sábado, Verónica, que a veces, se pierde"

Todos aplaudieron y corearon su nombre, y ella sin dudar, subió al escenario y tomó la guitarra. Ella sabía qué canción cantar.